

SOBRE LA POESÍA. UN PENSAMIENTO AURORAL DE GRACIELA MATURO

ROBERTO J. WALTON

GRACIELA MATURO, *La poesía. Un pensamiento auroral*, Buenos Aires, Alción Editora, 2014, 292 pp.

El esclarecimiento de la Belleza, la Verdad y el Bien es un tema central de la obra. No se trata de órdenes estrictamente separados sino de esferas que permanentemente se superponen, pero que no dejan de admitir esta segmentación que nos permite trazar un orden para vastos materiales.

En lo que se refiere a la Belleza, la obra ofrece un análisis de la convicción de Leopoldo Marechal según la cual toda belleza es vestigio impreso en las criaturas por el Principio infinito que hace a las cosas bellas. Se recuerdan las tesis principales sobre la belleza como el esplendor de un principio que no se confunde con las formas mismas. Al tender un puente entre la forma y su principio, la belleza actúa como puente entre la criatura y su creador. Por medio de la belleza nos es dado trascender al principio creador desde las criaturas. La idea central de su poética es el paso por la belleza del mundo para llegar a la Belleza increada o divina: “Al restablecer el peso de la belleza creada, Marechal restaura el valor de la experiencia del hombre en el mundo, los canales de la percepción, la afectividad, la intuición en sus distintos grados, tanto como lo hiciera el humanismo grecolatino que no por aspirar a las cosas del trasmundo relega o desprecia el mundo concreto; [...]” (p. 75).

Hay dos tendencias en el cultivo del arte: la tendencia musical y la tendencia visual. El artista musical tiene en el oído su órgano espiritual: “Intuye el universo como sonido y despliega su expresión desde el canto y las formas primitivas de la sonoridad hasta las vías más refinadas y complejas del arte musical” (p. 283 s.). En cambio, el artista visual “da primacía a las artes del espacio, haciendo del color, la luz y el volumen, así como el movimiento de la danza o las técnicas modernas de la plástica, las herramientas de su expresión” (ibid.). Estas dos modalidades se combinan en la poesía porque el poeta apela a imágenes visuales, auditivas y de otros órdenes sensibles e imaginarios. La poesía tiende al orden musical o se plasma en imágenes pictóricas o de movimiento. Estas ideas se ejemplifican en la poesía de Octavio Paz, José María Abut, Enrique Banchs, Luis María Sobrón, Lermo Balbi y Carlo-Enrique Ruiz.

En lo que toca a la Verdad, la poesía genuina es “una revelación o *alétheia*” (p. 98). Poetizar es “percibir el latido del universo, alcanzar destellos de sentido, fundirse con lo sagrado o incluso en ciertos casos aceptar una revelación” (p. 63). La autora recuerda la caracterización por Gastón Bachelard del artista como fenomenólogo puro que profundiza intuitivamente la situación existencia y descubre la correlación hombre-mundo: “Hay en

la poesía un conocimiento, y no un mero juego de palabras o estrategias textuales en búsqueda de efectos, como insinúan la neo-retórica y el inmanentismo literario” (p. 64). La obra poética nos habla de una “palabra reveladora, abierta al mundo” (p. 147). El tema es ilustrado con referencias a la poesía de Francisco Madariaga, Jacobo Fijman, Leopoldo Castillo y Francisco Luis Bernárdez.

Finalmente, en lo que concierne al Bien, José Martí aparece como “una figura de máxima dimensión ética” por una “subordinación de la literatura a su compromiso vital e histórico” (p. 113). Es un difusor del humanismo que es la base del ethos popular. Su estética se subordina a la ética y la didáctica en esa “unidad de obra-vida que caracteriza a los grandes de nuestra historia” (p. 118). Se recuerda que, para Octavio Paz, la poesía anticipa, y, si es posible, genera la historia. Su poesía se relaciona con el devenir histórico, las manifestaciones y cambios políticos, la técnica y las transformaciones de la época que le toca vivir. La poesía es una corriente energética que está por encima de la individualidad humana y es capaz de movilizarla. Así se expresa la idea de un humanismo nuevo que tendría como centro a América. La poesía ha de ser práctica, de modo que genere una verdadera transformación tanto en quien la ejerce como en quien la recibe. “No estamos ante una poesía que exprese meramente la afectividad personal, sino que se propone proporcionar una imagen del hombre en el Universo, dar una respuesta filosófica” (p. 157). Se trata de un americano capaz de ampliar la cultura occidental hacia otras perspectivas. Mientras que las culturas indígenas ponen el acento en la circularidad, y la cultura mosaica es una cultura vectorial, Octavio Paz elige un

tiempo en espiral que a la vez avanza y se repite integrando contraposiciones a fin de hacer avanzar la historia: “El poeta se convierte en operador transcultural y se pone al servicio del proceso histórico universalizante. Su accionar es la búsqueda del *Tao*, la *flor de oro*, el *quincux* sagrado de las culturas *inca*, *aymara* y *azteca*, como realización interior, pero también del Edén, la ciudad de los hermanos que adviene al fin de los tiempos” (p. 185). Para Julio Cortázar el artista es “el hombre *nuevo* que los tiempos actuales deberán alumbrar, entre los estertores del mundo viejo, los gestos anquilosantes de la rutina, y la violencia de una humanidad amnésica y suicida” (p. 283). En Héctor Murena se advierte la evidencia de la decadencia de nuestro tiempo, una crítica de la Modernidad, un arrasamiento de todo pasado junto con la inmersión en un tiempo nuevo, el imperativo de pensar lo americano como cultura nueva, la idea de América como pura futuridad, y una compenetración con el Oriente, en particular con el Islam o con el cristianismo de los patriarcas ortodoxos. Se añade el análisis de la poesía de Aldo Pellegrini, José María Abut y Guillermo Kaul Grünwald.

A través de este despliegue de las nociones de Belleza, Verdad y Bien que atraviesan la obra se transparentan ciertas ideas fundamentales sobre la poesía como “un pensamiento auroral, una reserva de lo humano” (p. 289). En cada caso es posible indagar lo que la autora expresa en la “Introducción”, esto es, que la poesía es “un pensamiento receptivo y activo que revela el ser de la realidad y el propio ser de quien la indaga” (p. 12). Se manifiesta en estas palabras lo que puede denominarse “la correlación poética” entre el ser de la realidad y el ser de quien la indaga. Porque el poetizar “no es solo la construcción de

un género literario, sino ante todo un modo de vida y de conocimiento” (p. 283). No es una actividad accesoria o decorativa, sino “emanación de lo eterno y prolonga el plan de la creación, como lo han expresado la filosofía de Plotino y Dionisio, o la poesía de Dante y Fray Luis” (p. 140). Es un modo filosófico, un amor a la sabiduría que se manifiesta oblicuamente a través de parábolas (p. 227). Hay poetas que se remontan al asombro primigenio, al *thau-mázein*, del que nacieron el poetizar y el filosofar. Maturo valora “una poesía a la

vez existencial y esencial, abierta a la filosofía, la ciencia, el sentimiento numinoso y la configuración de un humanismo nuevo” (p. 98). Señala que la fenomenología es el ámbito en que filosofía y poesía vuelven a unirse: “La fenomenología [...] no solo se ejerce con predilección sobre textos poéticos, sino que muestra con ellos rara afinidad. Visto de otro modo, muchos artistas de nuestro siglo se han sentido interpretados y esclarecidos por las tesis y método de la fenomenología en sus distintas vertientes” (p. 235).